

mensa distancia que hay de los reyes del mundo á Dios rey de los reyes.

Las otras dos portadas, uniformes y mas sencillas, suben á cien piés de altura: la que está á la derecha del edificio, ó lo que es lo mismo, á la izquierda del espectador, conduce al seminario; la otra sirve de paso á los claustros menores y á las cocinas del convento.

Sin mas adorno que estas portadas, las dos torres de los ángulos, el zócalo que corre á raiz del suelo, una faja ó imposta formada á los treinta piés, la cornisa grande que corona el edificio y cinco órdenes de ventanas, que llegan en todas á 266 por este lado, ofrece el lienzo de Poniente una vista severa y magestuosa, hábilmente acomodada al objeto religioso y austero de la fábrica.

La banda que mira á Mediodia cuenta 580 piés de torre á torre, incluidas estas; carece de portadas ú otro adorno, y sin embargo es de las mas agradables á la vista, por la sencillez y uniformidad de sus líneas y perfiles, no interrumpidos en toda la prolongacion de la fachada. Embellecenla los jardines tendidos á sus piés como una alfombra. Por bajo de este lienzo corre un estribo tan robusto y macizo como se necesita para sostener la inmensa pesadumbre de la fábrica. En el declive formado por este hay un orden de rejas cuadradas y otros cuatro de ventanas en lo restante del paño, en todas 296 las de este lado, que es notable asimismo por la circunstancia de haberse colocado en él la piedra fundamental ó primera del edificio.

El lienzo de Oriente tiene 744 piés por línea recta, ó 1098, tomando en cuenta las salidas y resaltos de la fábrica que le afean algun tanto, sobre todo el testero de la capilla mayor de la Iglesia, porque levantándose como un paredon desnudo, sin adornos de ninguna clase, hace una vista desgraciada y fria. Hay tres resaltos además de este: el primero es un tránsito que conduce al aposento régio: el segundo el espacio donde habian de erigirse las torres de las campanas, segun la primera planta, y el tercero producido por un patio y por la real habitacion. Los órdenes de ventanas (suman estas 386) son exactamente iguales á los del paño que mira á Mediodia.

El situado al Norte tiene 580 piés de largo como este último. Sirvenle de adorno tres puertas principales. La primera (á la izquierda del espectador) conduce al patio de palacio, la segunda á las cocinas y otros oficios de la casa real, y la tercera al colegio. En este lienzo, que está muy bien labrado, aunque es el mas triste y desairado por su colocacion, solo pusieron 180 ventanas para librarle del cierzo, muy molesto en este sitio.

Resulta, pues, que el cuadro del edificio cuenta 3002 piés en toda su estension por la parte exterior, y que las puertas, nichos y ventanas de los cuatro lienzos ascienden á 4442 por este orden: quince puertas, diez y siete nichos y 4440 ventanas.

### III.

#### EL TEMPLO.

ENTERADO ya el viajero del exterior, atraviase los tres grandes arcos que le dan entrada al patio de los Reyes, que este nombre recibe de las seis estatuas que llaman la atencion apenas se penetra en este sitio.

Es un bello patio y detenerse debe el viajero á contemplarlo.

Allí está la sencilla y grave fachada de la iglesia con sus cinco arcos. Cargan á plomo sobre las columnas seis grandes pedestales donde reposan otras tantas estatuas de gigantescas y nobles proporciones. Los pedestales tienen 43 piés, las estatuas 47, y son asimismo de Juan Bautista Monegro, escultor y arquitecto toledano. Las cabezas, piés y manos son de mármol y lo demás de la mejor piedra berroqueña que se encontró. Segun la tradicion, todas ellas y el San Lorenzo de la fachada, fueron cortadas de una misma piedra que se vé todavía en el campo llamado de los Reyes, jurisdiccion de Peralejo: tiene grabada esta especie de inscripcion, de no muy buen gusto por cierto, pero que nadie negará que espresa perfectamente el pensamiento de su autor.

Seis reyes y un santo

Salieron de este canto

Y quedó para otro tanto.

Representan estas estatuas seis reyes biblicos de la Tribu de Judá, Josafat, Ezequías, David, Salomon, Josías y Monassés. Eligiéronse estos reyes entre

los del antiguo testamento, porque fueron los que tuvieron parte mas ó menos activa en la fundacion del templo y en su restauracion. Poética y bella idea la de grabar en bultos colosales y en caracteres de piedra al frente de tan suntuosa fábrica, la célebre historia de la casa primitiva de Dios, de la obra magnífica de Salomon, del templo de la ley antigua!

Ya hemos dicho que son seis estatuas gigantescas. Para formarse de ello una idea, basta saber que las coronas de bronce dorado á fuego pesan cuatro arrobas cada una, dos arrobas cada cetro y quince el arpa que empuña David, el entusiasta cantor de los inspirados Salmos.

Suba el viajero las siete gradas que conducen al vestibulo del templo y penetre en él, no sin antes haber echado una ojeada á las inscripciones que se ofrecerán á su vista esculpidas en letras de bronce dorado á fuego sobre mármol negro. Una de estas inscripciones le enterará de que Felipe puso la primera piedra de aquella iglesia el dia de San Bernardo, año de 1580. La otra le dirá que fué consagrada la basilica por el nuncio de S. S. el 30 de Agosto de 1595.

Dejemos ahora hablar al reputado escritor Señor Amador de los Rios, y oigamos como se espresa.

«Luego que pasamos la verja de bronce, dice, que separa el vestibulo del cuerpo de la iglesia, no pudimos contener el entusiasmo que en nosotros produjo el gran templo en cuyo recinto nos hallábamos. Confesamos ingenuamente que sin recordar las formas de la arquitectura que le decora, sin meditar un punto sobre la procedencia del arte á que es debido, el templo de San Lorenzo despertó en nosotros elevadas ideas y sentimientos altamente religiosos. Cual podrá ser la causa de esto?... Herrera que abrigaba en toda su pureza las creencias de sus mayores y que habia comprendido el pensamiento colosal de Felipe II, no podia olvidar que las formas del arte romano, no se amoldarian tan facilmente á sus deseos, sin experimentar algunas modificaciones insignificantes quizá en su apariencia, bien que de suma importancia en el fondo. Allí está en efecto el arte derivado del greco-romano, pero purificado por el genio del cristianismo; engrandecido por la severidad austera de aquellas líneas que parecen remontar el espíritu á otra esfera, alterado visiblemente en su disposicion y en sus proporciones. En efecto; ó nosotros sabemos muy poco de la historia del arte, ó no existió en la antigüedad un templo de tal magnitud ni de tan grandiosas formas; solo la gran basilica de San Pedro en Roma y el templo de San Pablo en Londres, pueden en los tiempos modernos competir en este punto con la iglesia de San Lorenzo, sin que sea dado al úl-

timo sostener con ella la comparacion, respeto á su mérito artistico. La catedral de Londres, á pesar del magnífico conjunto que en su exterior presenta, á pesar de los visibles esfuerzos hechos por su arquitecto Gerónimo Wren para emular en su interior la basilica romana, deja conocer facilmente que era aquel artista partidario demasiado ciego de las formas clásicas y que se habia ya apartado de la comunión católica. En una palabra: la catedral de Londres es un templo protestante, mientras la iglesia de San Lorenzo puede tal vez presentarse como modelo de un templo católico en los tiempos modernos.

«La planta de esta iglesia, si bien describe en la nave principal y en el crucero una cruz latina, es en su totalidad la de una parrilla, forma que se dió tambien al conjunto del monasterio. Esta disposicion hace pues que el templo se componga de tres naves, terminando las colaterales en el crucero y siendo mucho menos elevadas que la central, cuyas colosales proporciones contribuyen en parte á rebajar la magnitud de aquellas. Consta el cuerpo de la iglesia de dos arcos, sin contar los torales en que estriba la magnífica cúpula, descansando en fuertes machones, exornados de colosales pilastras istriadas que se levantan hasta el cornisamento. Hemos oido á algunos artistas é inteligentes tachar esta parte del edificio, manifestando que el embasamiento en que asientan las referidas pilastras, ó carece de alguno de sus principales miembros ó es notoriamente defectuoso, por no corresponder á lo restante de la fábrica. Indudablemente que á primera vista llama la atencion y aun repugna al buen gusto el considerar la poca elevacion del embasamiento referido, no pareciendo sino que se ha hundido en el pavimento bajo la inmensa pesadumbre de los machones y de las bóvedas. Pero este defecto, que es sin duda imperdonable en un génio como el de Herrera, desaparece al levantar la vista para contemplar la magnífica cúpula que se eleva á la prodigiosa altura de trescientos treinta y cinco piés hasta el anillo de la linterna, la cual tiene otros veinte piés de elevacion, componiendo la suma total de trescientos cincuenta y cinco, que escede á las mas elevadas torres de toda España. Divídese la media naranja en ocho grandes compartimientos, en cada uno de los cuales se mira un arco de considerables dimensiones, exornando pilastras sencillas y graciosas molduras, este primer cuerpo hasta el arranque ó anillo de la cúpula: no puede esta ser mas suntuosa y bella, ni producir mas sorprendente y agradable aspecto en el ánimo de los espectadores. Ya lo hemos indicado arriba: cuando el artista alza los ojos desde aquel pavimento para examinar tan sublime portento, se siente instantáneamente

sobrecojido de un respeto profundo, y olvidándose de cuanto en el mundo le rodea, aspira á remontarse á otras regiones. He aquí el triunfo de Herrera.»

Tal es como se espresa el Señor Amador de los Rios, cuyas bellas ideas y cuya bella prosa hemos querido dar á conocer á nuestros lectores.

Prosigamos ahora la descripción, si bien que brevemente como ya hemos indicado, pues que no deseamos escribir con todos sus detalles una obra especial, sino consagrar un recuerdo á aquella gran producción de las artes.

Tan grata como inesplicable es la impresión que siente el viajero al hallarse en medio de este grandioso templo donde no sabe que admirar mas, ni sabe siquiera por donde empezar á admirar.

Una de las cosas que mas principalmente cautivan su admiración es la capilla mayor, cuyo altar está aislado por todas partes para mayor comodidad y decencia del oficio divino. Compónese de jaspes y de mármoles bellamente entallados y ensamblados; el ara es una rica piedra de jaspe, toda de una pieza, y el retablo es una bella fábrica con jaspes finisimos, metal y bronce dorado á fuego y ostenta todos los órdenes de la arquitectura greco-romana, escepto el toscano.

En los intercolumnios se contemplan magníficos cuadros y estatuas cuya descripción sola ocuparía estensas páginas. Baste decir que todo es allí de una riqueza suma y de un lujo portentoso.

A uno y otro lado del anchuroso presbiterio se hallan las tribunas, desde donde las personas reales asisten á los divinos oficios, levantándose sobre aquellas dos cuerpos de arquitectura, de orden dórico, en cuyo centro se ven arrodilladas ante ricos reclinatorios varias estatuas, imágenes regias envueltas en sus rozagantes mantos donde resaltan en vistosos escudos de armas las orgullosas águilas austriacas, los vencedores leones castellanos. Cinco son las que se ven á la derecha del altar. La primera es Carlos V, armado con espada ceñida, la cabeza desnuda, puestas las manos en actitud de orar, vestido el manto imperial con el águila de dos cabezas; á la derecha está la emperatriz Doña Isabel su esposa; detrás Doña María su hija; y luego Doña Eleonora y Doña María hermanas del emperador, partidas un día de sus brazos para ir á ocupar la primera el trono de Francia y la segunda el de Hungría.

En el claro ó espacio mas próximo al altar se lee esta inscripción en latin:

*Si alguno de los descendientes de Carlos V sobrepujase la gloria de sus hazañas, ocupe este lugar primero: los demás absténganse con reverencia.*

En el testero que está allí junto dice otra inscripción latina:

*Estas son las armas y blasones del linage y descendencia de parte de padre del emperador romano Carlos V, no integros, sino los que cupieron en estas angosturas, puestos separadamente por sus grados y dignidades.*

Las estatuas del otro enterramiento colocado á la izquierda del altar, están distribuidas de esta suerte: en el espacio ó intercolumnio de en medio se ve á Felipe II, hincadas las rodillas, descubierta la cabeza, las manos en actitud de orar, armado y vestido con el regio manto por el cual se tiende el escudo de las armas reales figurado con hermosos matices, que son los nativos de las mismas piedras, trabajo de gran primor y coste que se puede armar y desarmar en varias piezas. Al lado derecho está la reina Doña Ana su cuarta muger madre de Felipe III; detrás la reina Doña Isabel la tercera de sus mugeres; á la derecha de esta reina Doña María de Portugal, su primera esposa y madre del príncipe Don Carlos, quien está á sus espaldas, todas de hinojos y en postura devota y recogida.

En el espacio ó claro vacío mas cercano del altar mayor dice una inscripción latina:

*Este lugar que aquí queda vacío, le guardó, quien le dejó de su grado, para el que de sus descendientes fuere mejor en virtud: de otra suerte, ninguno le ocupe.*

En el claro del otro lado que está detrás del rey, hay esta otra inscripción:

*Este lugar queda destinado con particular y muy pensado afecto de los hijos para que le ilustren sus claras memorias cuando fallecieren despues de largos años.*

Al bajar las anchas gradas del presbiterio se encuentran dos púlpitos, los cuales no tienen mas mérito que el de ser de exquisita agata. Fueron traídos en tiempo de Fernando VII de la antigua abadía de Parraces.

No citaremos los cuadros, estatuas y frescos que adornan la capilla mayor y el templo. Seria nunca acabar. Nos contentaremos solo con citar los artistas que allí tienen obras. Es una brillante serie de famosos nombres. Navarrete conocido por *el mudo*, Federico Zúcaro, Juan Gomez, Lucas Cangiaso ó Luqueto, Luis de Carabajal, Tibaldi ó Peregrin de Peregrini, Juan de Urbina, Rómulo Cincinnato, Alonso Sanchez Coello, Diego Velazquez, Lucas Jordan, y los escultores Leon Leoni, Pompeyo Leoni y Jacobo Trezo, el mismo que dió nombre á una calle de Madrid.

El coro es una gran pieza hermosamente adornada. Cuenta ciento veinte y ocho sillas entre altas y bajas, todas de esquisitas maderas de España é Indias. En la sillería alta hay un cuerpo de columnas istriadas, con sus pilastras detrás y son de orden corintio: sus capiteles, medallones, florones, etc. se ven trabajados con el mejor gusto. Las sillas bajas tienen pilastras y los respaldos de ambos órdenes están adornados de embutidos.

En medio de los lados de este coro hay dos órganos, cuya arquitectura es de orden corintio. También hay otro órgano, de plata algun día y hoy de madera pintada que se lleva en la procesion del Corpus.

Del centro de la bóveda pende una grande y hermosa araña de cristal de roca que pesaba 35 arrobas, pero que quedó bastante falta de adornos y colgantes cuando la invasion francesa.

La silla prioral está coronada por un medio punto engalanado con florones de box y molduras elegantes, quedando cuadradas las dos colaterales; encima de todo asienta un frontispicio cuadrado que concluye con otro menor, compuesto de 4 columnas pareadas á los estremos, con sus pilastras detrás, y á los lados para estribo del mismo frontispicio unas cartelas grandes, revueltas con mucha gracia, rematando todo en una pequeña estatua de San Lorenzo.

La última silla del testero, á la derecha de la silla prioral, es la que ocupaba Felipe II cuando asistia al coro.

Esta silla tiene su tradicion.

Hallábase una vez sentado en ella el monarca español. Era el año 1574 y rezaba la comunidad las vísperas de la octava de todos los santos, cuando un caballero de la cámara de Felipe llamado Don Pedro Manuel entró precipitadamente en el coro, lleno el rostro de alegría.

Muy grande y notable debia ser la causa que motivaba la llegada de Don Pedro Manuel para que se atreviera á interrumpir al rey en sus religiosas meditaciones.

Muy grande en efecto; como que era nada menos que la nueva de la gloriosa victoria de Lepanto. Acercóse pues al rey y comunicóle la noticia, pero Felipe no hizo movimiento ni mudanza alguna; su rostro no se alteró, sus ojos quedaron contritos y prosiguió impasible sus devociones, como si no hubiese atendido ó no hubiese oido la importantísima nueva que de traerle acababa el caballero.

Acabados los oficios, se levantó y acercándose al prior le dijo:

— Reverendo padre, mandad cantar un Te Deum en accion de gracias por la victoria que han alcanzado nuestras armas.

El correo portador de esta noticia, habia traído tambien como por señas y despojo el estandarte turco y los faroles de la galera capitana, y se guardaban en el coro como memorias preciosas de aquella jornada memorable, hasta que perecieron lastimosamente en el terrible incendio de 1674.

A espaldas de la silla prioral, por todo aquel testero, se forma un tránsito dentro del maciso de la misma pared, con tres ventanas grandes que dan al atrio de los reyes. Frente á la de en medio hay un altar con un crucifijo de mármol blanco del tamaño que tenia el Salvador, fijado en una cruz de mármol negro de Carrara, que se embutió en otra de madera para mayor seguridad. Bajo sus piés se lee un nombre solo, pero un nombre que vale todo un tesoro de rey. Dice: *Benvenuto Zelinus*.

De la iglesia se pasa á la antesacristía y luego á la sacristía que caen á su parte meridional. Es la antesacristía una pieza con bancos de nogal en torno y una fuente de mármol pardo que sirve para lavarse las manos los sacerdotes. Notables lienzos visten las paredes. Son de Pablo Verones, de Alberto Durerro, de Andrea del Sarto, de Vandick, de Rubens y del Españoletto, todos como se vé, reyes de la pintura.

La sacristía es una pieza grande, clara y hermosa que infunde al ánimo tanta devocion como la iglesia misma. Los cajones de esta sacristía son de las mismas maderas que las sillas del coro, caoba, ébano, terebinto, cedro, nogal, etc. Es de notar un espejo grande con marco muy recargado de adornos de cristal de roca, presente de valor que hizo la reina Doña María Ana de Austria.

Hay en esta sacristía riquezas inmensas y embellecíanla antes muchos cuadros de célebres pintores, entre los que estaba *la perla* de Rafael, pero ahora han menguado mucho en importancia por haberse trasladado en 1837, veinte y seis originales de los mejores al Museo de Madrid, sustituyéndoles otros de menor estimacion. No obstante al pié de los lienzos que quedan se leen entre otros los nombres eminentemente famosos de Zurbaran, Veronés, Domingo Tehotocopuli, Ribera, Vandick, Tintoretto, Guido Reni, Ticiano, Greco y Jordan.

En el testero en frente de la puerta está el retablo de la Santa Forma. Lo que es en él mas digno de alabanza es el cuadro que tiene en medio de Claudio Coello, que se hizo al tiempo de colocar la Santa Forma espresada. Se ve en él á Carlos II de rodillas con mucha corte y séquito de grandes y señores; todos con velas encendidas; de otro lado se ven los monges ordenados en larga procesion. Su campo es la perspectiva de la

bóveda y parte de la misma sacristía. Desde la puerta de esta se toma á primera vista este cuadro por una prolongacion de ella, tan completa es la ilusion.

Lo demas de este testero se compone de varios mármoles blancos y jaspeados, de bronce dorados y otras ricas materias. Bajo el cuadro de Coello hay un nicho y en él un templete de bronce dorado que guarda una custodia de labor muy prolija donde está colocada la Santa Forma. En lugar del templete habia antes una custodia de belleza extraordinaria y tasada en cien mil duros, pero desapareció como tantas otras cosas cuando la invasion francesa.

No es posible que concluyamos la rápida descripcion que hemos hecho del templo, sin hablar algo del panteon, que bien dice Ponz cuando dice que no sabe como llamaron así al lugar en donde están enterrados los reyes y reinas. En efecto, no corresponde á la grandeza y magnificencia del edificio ni al esplendor de las cenizas que allí se guardan.

Está situado este panteon debajo del altar mayor, de tal manera que el celebrante asienta los piés sobre la clave de su bóveda. Lo comenzó Felipe III y lo llevó á cabo Felipe IV. Conduce á él una puerta colocada en el espacio que media entre el templo y la sacristía y se baja por una escalera cuyas gradas unas son de piedra berroqueña y otras de mármol pardo.

En el primer descanso está el retrato de un monge encargado por Felipe IV de la direccion de la obra, y en el segundo se levanta una portada bastante linda aunque pequeña por la estrechez del sitio que es la que da principio á la escalera principal del panteon. Sobre la cornisa del primer cuerpo, en una losa de mármol negro, hay una inscripcion en letras doradas que dice, traducida al castellano:

*Lugar destinado por la piedad de la dinastía austriaca á los despojos mortales de los reyes Católicos que están esperando el deseado dia bajo el altar mayor consagrado al Redentor del género humano. Carlos V, el más esclarecido de los Césares, deseó este lugar de póstumo reposo para sí y los de su linage: Felipe II, el más prudente de los reyes, lo designó; Felipe III, monarca sinceramente piadoso, dió principio á los trabajos; Felipe IV, grande por su clemencia, por su constancia y por su religiosidad, le aumentó, embelleció y concluyó el año 1654 del Señor.*

Todo el segundo cuerpo está como el primero adornado de bronce y remata en un frontispicio abierto en medio del cual hay un escudo con las armas de España. Vese á cada lado una figura de bronce. La una representa la Naturaleza humana á quien se le cae la corona de la cabeza y de la

mano el cetro. Tiene una tarjeta en que está escrito: *NATURA OCCIDIT: la Naturaleza mata.* La otra figura es la Esperanza, radiante de alegría y sosteniendo un flamero que alimenta siempre vivas y perpétuas llamas. Su inscripcion dice: *EXALTAT SPES: La esperanza alienta.*

La planta del panteon es un octógano de 36 piés de diámetro. Está cubierto como la escalera de mármoles de Tortosa y jaspes de San Pablo de Toledo, bruñidos con esmero, cuajados por todas partes de adornos y molduras de bronce. Sobre un pedestal sientan al rededor diez y seis pilastras de orden corintio, de dos en dos, entre las cuales se hallan dos nichos y urnas sepulcrales, que entre todas son veinte y seis, cuatro en cada uno de los seis lados y dos sobre la puerta. En frente de esta se halla el altar que es notable y precioso.

Las urnas son todas de idéntica labor, materia y dimensiones. Tiene cada una de largo siete piés y de alto tres, con poco menos de ancho, labradas en mármol escogido de color oscuro, con adorno de bronce dorado á fuego. Descansan sobre cuatro garras de leon bien imitadas y muestran al frente un tarjeton de metal dorado donde se inscribe con letras negras de relieve el nombre de rey ó reina que duerme en ellos el sueño de la muerte. Por lo que toca á las reinas, solo yacen allí las que tuvieron sucesion.

Los restos de nuestros monarcas que se han depositado en este lugar hasta el dia, son los siguientes:

*A la derecha del altar.*

- CARLOS V, emperador y rey.
- FELIPE II, su hijo primogénito.
- FELIPE III, hijo quinto de Felipe II y de Doña Ana su cuarta muger.
- FELIPE IV, primogénito del anterior y de Doña Margarita de Austria.
- CARLOS II, hijo del anterior y de Doña María Ana de Austria, su segunda muger.
- LUIS I, hijo de Felipe V. Solo reinó siete meses.
- CARLOS III, hijo del mismo Felipe V.
- CARLOS IV, hijo del anterior.
- FERNANDO VII, hijo de Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon.

*A la izquierda del altar.*

- LA EMPERATRIZ DOÑA ISABEL, llamada la bella portuguesa, muger única de Carlos V.
- ANA, cuarta muger de Felipe II.
- MARGARITA, muger única de Felipe III.